

ENRIQUE
SEMO

IDEOLOGÍA, PENSAMIENTO CIENTÍFICO E HISTORIA

Existen historias escritas con el propósito de glorificar Estados, naciones, partidos o héroes, ocultando realidades desagradables o creando mitos necesarios a la práctica social. Esta historia pertenece íntegramente al campo de la ideología y sus métodos son la antítesis del pensamiento científico. Otras historias, las descriptivas, proporcionan información. Con el tiempo, han desarrollado técnicas para recopilar datos y evaluar su autenticidad, imprescindibles a la elaboración de la materia prima del conocimiento histórico. A veces, esa historia produce descubrimientos valiosos, pero el significado e importancia de éstos sólo se revela cuando existe una teoría interpretativa. Hay también una larga tradición de la historia como práctica literaria que reivindica el enfoque poético y se opone a la teoría. Cada una de esas historias tiene una razón legítima de ser, pero ninguna de ellas puede aspirar a la condición de historia científica, de la cual nos ocuparemos aquí. Esta, es verdad, no existe en estado puro. Toda obra histórica importante se ve influida por la ideología y la apropiación artística de la realidad. Pero en la historia como ciencia, el pensamiento científico se deslinda, impone su dominio y subordina las otras formas de apropiación de la realidad.

El tema de la historia científica es materia de agudos debates. Si bien pocos ponen en duda la importancia de la historia como constructora de ideologías (un pueblo sin historia -decía Schopenhauer- es como un hombre sin memoria) se cuestiona acaloradamente su lugar en el pensamiento científico.

La pérdida de confianza en la historia tiene sus raíces en la realidad del mundo actual que presenta un panorama lleno de incertidumbre respecto al futuro. El capitalismo, sumido en una profunda crisis, parece resistir todos los embates. El socialismo temprano, después de sesenta años de existencia, se revela como un sistema lleno de contradicciones que sólo podrán ser superadas en un largo proceso histórico cuyas características son aún imposibles de prever. En estas condiciones es difícil resistir la tentación de rehuir las incertidumbres de la historia para refugiarse en el saber absoluto de la teoría o la crítica absoluta del nihilismo.



Contra la historia se esgrimen argumentos de Raymond Aron para quien ésta sólo existe en la mente de los historiadores que, por lo tanto, no pueden hablar de Necesidad ni de leyes históricas o los de Karl Popper, que acusa al historicismo de ser el culpable principal del atraso de las ciencias sociales teóricas porque defiende creencias irracionales como la posibilidad de prever e influir en el desarrollo de la historia.

Pero, últimamente, los ataques provienen de un medio y de posiciones filosóficas radicalmente opuestas a las anteriores. Althusser se ha preocupado por demostrar que Marx no era ni historicista ni empirista. Pese a que retoma la concepción marxiana según la cual "la historia es la única ciencia", en su lucha contra esos dos males ha desarrollado posiciones que cuestionan las posibilidades teóricas de la historia, ubicando a ésta, (tal y como existe hoy), en el campo de la ideología. Chesneaux, por su parte, en un libro que se ha hecho muy popular entre los lectores de habla española, ¿Hacemos tabla rasa del pasado?, ha magnificado hasta la caricatura limitaciones, deficiencias y miserias de la historiografía académica. No se trata aquí de defender la historia frente a la filosofía, la economía o la sociología. La división del trabajo intelectual ha producido un tipo de fatuidad académica que consiste en que el científico erige "su" ciencia en el centro del pensamiento universal y "su" problemática en la única científica. Esta ilusión que tiene su origen en las condiciones de surgimiento de la especialización intelectual, sólo conduce a visiones parciales y por lo tanto falsas de la realidad, así como al abandono de la idea de la unidad de la ciencia social. El historiador se enfrenta a una tarea mucho más importante: definir los requisitos de una historia científica y fijar el lugar del historicismo en el pensamiento científico social.

Pero el combate por una historia científica es mucho más que la defensa de una disciplina intelectual. Es la reafirmación de la posibilidad de descubrir las tendencias del devenir humano y de basar en ellas una práctica revolucionaria. La historia científica juega en ese proceso un papel no desdeñable, porque, siendo un estudio de lo pretérito, ayuda a liberarnos de un pasado que vive: en la ideología, como el "peso de los muertos sobre los vivos"; en la filosofía y en la ciencia, como herencia que condiciona el pensamiento científico actual; en la realidad social presente, como génesis y futuro.

Uno de los primeros problemas a los que debe enfrentarse la historia científica es el de la relación entre ideología y pensamiento científico. La ideología, como falsa conciencia de su propia época o clase, es siempre el punto de partida del historiador. El de-

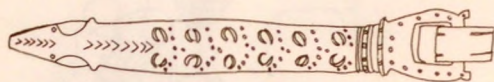


sarrollo de un pensamiento histórico que tiene por objetivo la verdad y su relación con la práctica sólo puede ser el fruto de un laborioso trabajo de superación de la historia ideologizada y de la construcción teórica de un objeto de estudio. Y ésta no es un acto, sino un aspecto permanente de la producción de la obra histórica. Rehuir esa labor lleva invariablemente a una historia desfigurada por los prejuicios, el sentido común y las modas teóricas.

La ideología es uno de esos términos alrededor de los cuales se libran enconadas batallas filosóficas y políticas. Una corriente reaccionaria sostiene que no existe relación alguna entre ideología y el problema de la verdad y el saber. La ideología es simplemente eficiente o ineficiente como salvaguarda de los intereses de la clase o el Estado. Su veracidad o falsedad es irrelevante. La corriente crítica, en cambio, confiere -de una u otra manera- un papel liberador a la verdad. El prejuicio, el mito, sirven a las clases dominantes; la verdad libera la potencialidad de las fuerzas revolucionarias. No se puede cuestionar a la sociedad establecida sin criticar sus mitos.

En el seno del marxismo, que participa de la concepción crítica, tampoco existe un acuerdo sobre el tema. Algunos otorgan un sentido negativo al concepto: la ideología es conocimiento erróneo mientras que la ciencia es conocimiento verdadero. Otros, en cambio, le confieren un sentido positivo: la ideología es un sistema de representaciones relacionadas con los intereses de clase. Su valor científico varía de acuerdo con la clase a la que sirve. Una tercera posición retiene el énfasis en la crítica de la ideología, pero no considera a ésta antitética al pensamiento científico. La ideología es falsa conciencia, una ilusión, pero una ilusión real, mientras que la ciencia es conocimiento objetivo. Se trata de dos formas diferentes, pero no excluyentes de la apropiación de la realidad. Entre ellos hay una relación dialéctica de influencia y rechazo que constituye uno de los problemas centrales del pensamiento contemporáneo. La ciencia no puede sustraerse a esa relación, pero se desarrolla en lucha con ella¹.

Todo pensamiento revolucionario moderno se ha enfrentado tarde o temprano al problema de la ideología. Los filósofos de la ilustración estaban convencidos que el hombre es poseedor de una naturaleza inmutable que tiende a la razón y a la eticidad. Sólo el dominio de los mitos y los prejuicios impide el pleno desenvolvimiento de éstas. Pensaban que para liberar a la humanidad, bastaba llevar ante el tribunal de la razón las fábulas y dogmas de la religión medieval. El marxismo, por su parte, nace enfrentándose a la ideo-



logía burguesa, pero su crítica encierra un cambio de problemática: los hombres no pueden emanciparse luchando contra mitos y prejuicios. Deben abolir las relaciones sociales en las cuales éstos germinan. Luego, se transforman en pensamiento científico revelando los elementos ideológicos del pensamiento de los grandes filósofos y economistas burgueses.

A fines del siglo XX, la situación ha cambiado radicalmente. El marxismo no es ya sólo un pensamiento científico. Ha penetrado profundamente en la conciencia de millones de hombres, integrándose a su ideología. Ha sido erigido en filosofía dominante de Estados y sociedades nacionales. El pensamiento científico que en las sociedades sacudidas -desde dentro y fuera- por la lucha de clases encierra inevitablemente un elemento crítico, no puede limitarse a la crítica de la ideología burguesa. Por eso, el marxismo como pensamiento científico, no puede evitar plantearse la crítica de su propia ideologización. En esas condiciones, la relación entre pensamiento social científico e ideología exige un nuevo cambio de problemática. No basta ya estudiar la relación entre pensamiento científico e ideología burguesa. Es necesario abordar también el problema de la relación entre pensamiento científico e ideología socialista.

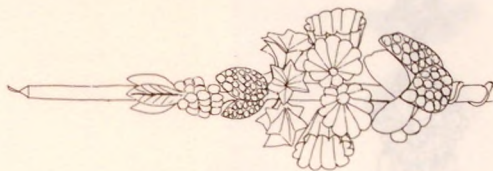
ISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Concebimos la ideología como conciencia social. Investigamos su relación con el modo de producir, las clases sociales y el pensamiento científico. No podemos, por lo tanto, partir de una "teoría de las ideologías en general" aplicable a todos los modos de producción, de la misma manera que no partimos del contenido de los conceptos de formación socioeconómica, producción, trabajo, etc., válidos para todas las épocas.

La forma más inmediata en que se nos presenta la ideología es la de un sistema de ideas, opiniones y costumbres que cohesionan a los hombres y condicionan su comportamiento de acuerdo con los objetivos aceptados de una sociedad, una clase o una organización social.

La ideología es un fenómeno que existe tan independientemente de la voluntad del individuo como las relaciones de producción y como tal, es una instancia fundamental del todo social. Pero es también una representación que los hombres se hacen del mundo en el cual viven y en esa calidad es objeto de estudio de la teoría del conocimiento.

Una ideología puede adoptar la forma de un conjunto de ideas y opiniones articuladas por una concepción filosófica o una teoría sistemática o bien la de una serie de costum-



bres, reglas y representaciones más o menos irreflexivas e incoherentes que sólo están estructuradas implícitamente por los intereses de clase. Una formación socioeconómica no sólo se distingue por una articulación específica de modos de producir bienes materiales o un tipo de Estado, sino también por el tipo de ideología y el grado y forma de su sistematización.

La ideología forma parte de la superestructura y, como tal, tiene sus raíces en el modo de producir la vida material de los hombres. "En contraste directo con la filosofía alemana (escribe Marx) que desciende del cielo a la tierra, ascendemos aquí de la tierra al cielo. Dicho de otra manera, no partimos de lo que los hombres dicen, se representan e imaginan, ni de lo que son las palabras, el pensamiento, la imaginación y la representación de los otros, para llegar a los hombres de carne y hueso; partimos de los hombres en la actividad real, y de sus procesos de vida reales, mostramos el desarrollo de los reflejos y resonancias ideológicas de este proceso vital. Los fantasmas del cerebro humano son sublimaciones necesarias del proceso material de la vida de los hombres, el cual puede ser empíricamente constatado sujeto a bases materiales. La moral, la religión, la metafísica, y todo el resto de la ideología, juntamente con las formas de conciencia correspondiente, pierden con este hecho cualquier apariencia de existencia autónoma. No tiene historia ni desarrollo propio, son los hombres los que desarrollando su producción material y sus relaciones materiales modifican, junto con su existencia real el pensamiento y los productos del pensamiento. No es nunca la conciencia lo que determina la vida, sino es la vida lo que determina la conciencia. Desde el primer punto de vista, uno parte de la conciencia como si ésta fuera un individuo viviente; en el segundo, que corresponde a la vida real, uno parte de los individuos reales y concretos y la conciencia es considerada únicamente como su conciencia".²

Este descubrimiento fundamental de Carlos Marx constituye un verdadero viraje teórico que permite plantear los problemas de la ideología en términos radicalmente distintos a los de los filósofos de la ilustración francesa de los siglos XVII y XVIII y a los representantes de la filosofía clásica alemana, incluyendo a Hegel y sus discípulos. Para ellos, el pensamiento es autosuficiente y los actos de los hombres son el fruto de ese pensamiento. Para cambiar su forma de vivir hay que cambiar su forma de pensar. Marx, en cambio, sostiene que no es la conciencia la que determina el ser de los hombres, sino, por el contrario, su ser social el que determina su conciencia. Para cambiar su forma de pensar debe cambiar su forma de vivir.



A través de la crítica del papel que juega la ideología en la vida social, Marx produce una revolución metodológica. La ideología no tiene una vida independiente de la vida material de los hombres. No existe una idea abstracta que gobierne su historia. Por lo contrario la conciencia social es siempre la conciencia de hombres concretos produciendo sus condiciones de vida. El estudio de la sociedad no se inicia con la conciencia social (la ideología), sino con el proceso vital de producción material y las relaciones que surgen de éste. El método especulativo se queda en la esfera de la ideología; la ciencia positiva, en cambio, comienza con las relaciones sociales reales. No son los cambios en la vida material sino que los hombres al desarrollar su producción material alteran su pensamiento y los productos de su pensamiento.

Ese descubrimiento metodológico desemboca en una nueva teoría del cambio social y de la relación entre teoría y práctica. "(La concepción materialista de la historia) (...) llega a la conclusión que todas las formas y productos de la conciencia no pueden ser disueltos por la crítica intelectual, por su solución en la "autoconciencia" o su transformación en "apariciones", "espectros", "ilusiones", etc., sino por la abolición práctica de las relaciones sociales existentes que son el origen de esas galimatías idealistas; de que no es la crítica sino la revolución la que mueve la historia y también la religión, la filosofía y todos los otros tipos de teoría"³.

La ideología no puede ser superada por medio de la crítica científica. En la transformación de la sociedad, la acción revolucionaria práctica tiene la primacía.

Impulsados por la necesidad de subrayar su descubrimiento, Marx y Engels enfatizaron excesivamente el papel determinante de la estructura económica. Engels fue el primero que, en sus últimas cartas, llamó la atención contra los peligros de un determinismo económico vulgar: "Marx y yo tenemos en parte la culpa de que los jóvenes escritores atribuyan a veces al aspecto económico mayor importancia de la debida. Tuvimos que subrayar este principio fundamental frente a nuestros adversarios quienes lo negaban, y no siempre tuvimos tiempo, lugar ni oportunidad de hacer justicia a los demás elementos que participan en la interacción".⁴

Engels se empeñó en prevenir los errores, subrayando la autonomía relativa de la instancia ideológica y el papel activo de la superestructura. "El desarrollo político, jurídico, filosófico, religioso, literario, artístico, etc. descansa en el desarrollo económico. Pero to-



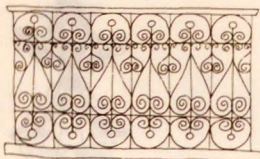
dos ellos repercuten también los unos sobre los otros y sobre su base económica. No es que la situación económica sea la causa, lo único activo, y todo lo demás efectos puramente pasivos. Hay un juego de acciones y reacciones, sobre la base de la necesidad económica que se impone siempre en última instancia".⁵

Sin embargo, la advertencia no tuvo efecto. Los teóricos de la Social Democracia Alemana (1875-1914) difundieron una versión determinista del método de Marx que predominó durante muchos años, ligada a una concepción evolucionista del movimiento socialista. La tendencia se acentuó por el retraso de la publicación de algunas obras fundamentales de Marx como son: La crítica de la filosofía del Derecho de Hegel (1843), Los manuscritos económicos filosóficos (1844), La ideología alemana (1846), y Los fundamentos de la crítica de la economía política (Grundrisse) (1857-1858). Algunas de ellas sólo aparecieron en 1927 y los Grundrisse en 1939 generalizándose su lectura apenas hacia la década de los cincuenta.

Además, la explicación de Engels no es satisfactoria, Marx nunca usó conceptos como "la necesidad económica se impone en última instancia" ni "la economía determina" que no pueden sino inducir a romper la totalidad social, concebir la "base" y la "superestructura" como entidades artificialmente determinadas e ignorar las complejas articulaciones que existen entre ellas.

Si bien la ideología no puede ser un punto de partida en el estudio de la sociedad, el determinismo economicista impide el conocimiento de su especificidad. El intento de referir todo fenómeno ideológico a causas económicas cancela la posibilidad de una teoría de la ideología, y por lo tanto, de la política.

En toda sociedad clasista la lucha de clases condiciona las ideas que los hombres se hacen de la sociedad y de su lugar en ella. Como sistema de representación y de reglas de conducta, la ideología es inseparable de los conflictos e intereses de clase. Toda clase dominante está interesada en el dominio de ideas, opiniones y costumbres que preservan el orden establecido. Toda fuerza social que se propone la transformación de la sociedad y plantean en forma decidida el problema del poder, debe inevitablemente subvertir las formas de pensar que consagran el orden existente. La ideología es un campo de batalla entre las clases y las fuerzas sociales.



En las sociedades de clases la ideología dominante es la de la clase dominante. Ninguna clase puede gobernar sin establecer su hegemonía ideológica. La aceptación de los elementos fundamentales de la ideología dominante por parte de las clases explotadas es una condición sine qua non de la producción de las relaciones de producción que caracterizan el sistema.

La burguesía no puede gobernar revelando su dominio. Este debe aparecer como resultado de los intereses del conjunto de la sociedad. Su discurso y sus conceptos deben ser reducidos al común denominador de los intereses de cada individuo. El capitalismo, como todo régimen basado en la explotación debe mostrarse a los ojos de las masas trabajadoras no como régimen social de dominación de clase, sino como régimen natural de interés general. Para ello la burguesía debe integrar a su propia ideología elementos ideológicos de la pequeña burguesía, la clase obrera y las demás capas trabajadoras.

La burguesía deriva esa ilusión del papel verdadero que en un momento de la historia (la lucha contra la sociedad precapitalista y/o el dominio extranjero), jugó; del hecho de que en esos momentos representó los intereses del conjunto de la sociedad. Defiende ideales "nacionales" que en un inicio correspondían a una realidad social, pero que, a medida en que se desarrolla el capitalismo, adquieren el carácter de mitos. La burguesía que ha participado en una revolución democrática burguesa se presenta con estos ideales hasta que el proletariado demuestra con sus luchas que de clase revolucionaria se ha convertido en clase reaccionaria. Esta ilusión no es un engaño de la burguesía. Ella comparte la ilusión sin la cual su dominio no tiene justificación. Si para los trabajadores se trata de un engaño, para la burguesía es un autoengaño, una mistificación de su propio papel.

Lo típico de la ideología es la apropiación mental, no de las relaciones sociales reales, sino de su apariencia. En la ideología la realidad social aparece invertida o distorsionada. En la religión, por ejemplo, las leyes de la naturaleza y la sociedad se personifican en Dios. Pero una vez que éste ha surgido, adquiere, como toda creación ideológica, un desarrollo independiente que a lo largo de los siglos, acaba por hacer desaparecer sus verdaderos orígenes. Eso no sucede sólo en las alturas de la religión. "Los reflejos económicos, políticos y demás, son iguales que los del ojo del ser humano: pasan por un lente convergente y por ello aparecen invertidos, parados sobre su cabeza. Sólo que falta el órgano nervioso que los ponga nuevamente de pie".⁶



Pero falsa representación no es sinónimo de representación falsa o concepción errónea. En la ideología conviven junto a las representaciones invertidas o deformadas, resultados positivos de la ciencia y el arte, pero éstos se encuentran integrados en una estructura cuya característica es el eclecticismo. Conviven en una concepción del mundo que integra posiciones excluyentes pretendiendo conciliar las concepciones más dispares sin aceptar ninguna en su totalidad. La ideología, pese a estar vertebrada por los intereses de clase, es heterogénea. Mitos religiosos y prejuicios raciales coexisten en la estructura ideológica con un núcleo científico. "La religión y el sentido común (escribe Gramsci) no pueden constituir un orden intelectual porque no pueden reducirse a unidad y coherencia".⁸

Una vez integrada en la ideología, una idea científica puede transformarse en obstáculo de nuevos avances del pensamiento científico. "La mayor dificultad en el descubrimiento (escribe Bernal) reside no tanto en la realización de las observaciones necesarias, sino en romper con las ideas tradicionales en su interpretación".⁹ Las ideas de Darwin sobre el mundo animal fueron prontamente integradas a la ideología y se transformaron en objeto de violentas reyertas políticas. Las teorías de la evolución y selección natural llegaron a ser la base del positivismo de Agustó Comte y Herbert Spencer, quienes sostenían que la libre competencia y el progreso capitalista eran los pilares de una sociedad en la cual, por fin, los hombres habían encontrado el buen camino. Los resultados científicos de Darwin, metamorfoseados en "ciencia social", se convirtieron en un serio obstáculo al desarrollo de una concepción científica de la sociedad burguesa y al surgimiento de nuevas problemáticas en la ciencia social.

Pero esto no significa que el pensamiento científico tiene el monopolio de la verdad. En su desarrollo, este incurre en errores que no tienen nada que ver con la apropiación práctica intelectual de la realidad, la división social del trabajo y los intereses de clase. La verdad científica se encuentra en el proceso de conocimiento que produce conocimientos cada vez más exactos, pero nunca absolutos o definitivos. Por eso la ciencia es superación constante de errores de método, observación y comprobación que son constituyentes inseparables de su quehacer.

No se puede decir que sólo lo falso es ideológico, sin sostener que todo pensamiento científico es verdadero. El subterfugio de designar como ideológico todo error, acaba por privar al pensamiento científico de su propia historia, puesto que toda teoría científica, con el avance de la ciencia, se vuelve parcialmente falsa. Es más, no se puede negar que a



veces la ideología proporciona el estímulo decisivo para avances del pensamiento científico, como en el caso del mismo Marx.

El pensamiento científico no puede sustituir las funciones de la ideología. "Sentimos -escribe L. Wittgenstein- que aún cuando resolviéramos todos los posibles problemas científicos no habríamos tocado los problemas prácticos de nuestras vidas".¹⁰ El pensamiento científico proporciona conocimientos de la realidad, pero no es el terreno en el cual se adoptan las decisiones que deben ser tomadas para actuar sobre ella. Estas se toman en la ideología, bajo la influencia de contradicciones sociales, luchas de clases y distorsiones adjudicables a la apropiación práctica intelectual de la realidad.

El origen de la falsa conciencia es de un doble carácter: epistemológico y social. Las causas epistemológicas persisten, en cambio, las sociales cambian y se disuelven con la desaparición de las contradicciones y las luchas sociales que las originan.

En una observación de Marx en la Introducción a la crítica de la economía política, éste habla de un tipo de apropiación de la realidad diferente a la teórica: la apropiación práctica intelectual (*praktischgeistige Eineingung*). "El todo, tal como aparece en la mente como todo del pensamiento, es un producto, de la mente que piensa y que se apropia del mundo del único modo posible, modo que difiere de la apropiación artística, religiosa y práctica intelectual del mundo".¹¹

En el análisis del proceso de trabajo, Marx probó, en *El Capital*, que el trabajo humano es una actividad intencionada (*zweckmassige Tätigkeit*) que presupone el planteamiento ideal de proyectos, objetivos y metas. Ya antes del inicio del trabajo, el resultado de éste es representado en la imaginación del trabajador. En esa representación se usan tanto el conocimiento de las propiedades naturales del objeto del trabajo como de los propósitos e intenciones que funcionan como criterios que regulan la actividad y estimulan la voluntad. No existe un proceso puro de trabajo: debido a su carácter social, éste se desarrolla siempre bajo condiciones sociales y es determinado no sólo por las características del objeto, sino también por las relaciones sociales y el lugar del hombre en ellas. Lo que es cierto para el proceso de trabajo es también para las relaciones sociales. La actividad del hombre está marcada por una no correspondencia entre la realidad objetiva por un lado y sus intereses por el otro. Esta no correspondencia es el origen de proyectos y metas cuya elaboración forma parte de la ideología.



La apropiación práctica intelectual es diferente a la teórica en que sus resultados no emanan de las propiedades del objeto, sino de las necesidades del sujeto y éstas determinan su estructura. De esa manera la apropiación práctica intelectual es una representación de la situación social del sujeto, deformada por prejuicios, intereses, esperanzas, propósitos, etc., en el seno del modo de producción, clase, nación, organización política, etc., y su necesidad de actuar, tomando decisiones que gobiernan su posición social. En la medida en que toda acción exige una representación mental de la situación y los efectos de la acción, los resultados de la ciencia pueden formar parte de la ideología; pero sólo como elemento subordinado en una estructura en la cual domina la confrontación del sujeto con la realidad natural o social. El concepto de Engels según el cual la libertad es la comprensión de la necesidad, servirá para designar una ideología en la que la definición de las situaciones se hace de acuerdo con los resultados de la ciencia, pero no identifica la ideología, terreno de intereses y decisiones prácticas, con el pensamiento científico, una práctica que exige la subordinación del sujeto a las necesidades del conocimiento del objeto en el sentido que sugiere Marx cuando escribe: "... la verdad es universal, ella no me pertenece; ella me tiene, no yo a ella".¹²

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

La apropiación práctica intelectual es la base de la ideología y explica un aspecto fundamental de la especificidad de ésta y de su función social. Esta forma de conciencia actúa como intermediaria entre el pensamiento científico y la actividad práctica. En ella, el conocimiento teórico se articula con los intereses y propósitos históricamente determinados de los hombres. Por otro lado, funge como agente transmisor de las exigencias de la práctica material a la práctica teórica. Por eso en ella conviven apariencias, visiones parciales de la realidad. Representaciones invertidas, resultados de la ciencia, prejuicios, esperanzas, propósitos y planes en una estructura que no permite el conocimiento de la realidad en sus procesos y estructuras. Lo que es importante retener es el doble carácter de la relación entre pensamiento científico e ideología. Se excluyen, porque el primero tiende a ser un "proceso sin sujeto", mientras que el segundo tiene sus raíces en los intereses socialmente determinados de este y sin embargo forman parte de un proceso único de apropiación intelectual de la realidad y de la práctica.

Marx insistía tanto en la diferencia entre apariencia y realidad como razón de ser del pensamiento científico como en que este es incapaz de cancelar el origen material de esa diferencia.



“La determinación de las magnitudes del valor mediante el tiempo de trabajo es por lo tanto un secreto oculto tras el movimiento fenoménico de los valores relativos de las mercancías. Su descubrimiento cancela la ilusión según la cual las magnitudes de valor de los productos del trabajo se determinan de manera meramente accidental pero en modo alguno no cancela su forma material”.¹³

La ideología, cuya función es la de desvanecer idealmente las contradicciones reales, es la cámara oscura en la cual las relaciones de explotación y la lucha de clases sufren metamorfosis sorprendentes que las integra en una visión conformista. En ella pierden todos sus rasgos violentos y repelentes para transformarse en ideales abstractos y valores políticos y morales comunes a todos los miembros de una sociedad. El obrero deja de ser obrero y el patrón ya no es patrón; sólo hay ciudadanos. O bien las contradicciones se resuelven en soluciones “lógicas” satisfactorias para todos, campesinos y terratenientes, ricos y pobres cuyas contradicciones se disuelven armónicamente en un mundo ideal.

En las sociedades clasistas, las distorsiones que ocultan la gravedad de las contradicciones antagónicas, sirven a la clase dominante. Por eso existen instituciones sociales cuya tarea es reproducir esas ilusiones e impedir al hombre el conocimiento verdadero de las relaciones sociales en las cuales está inmerso.

“En el Estado (escribe Engels) toma cuerpo ante nosotros el primer poder ideológico sobre los hombres. La sociedad se crea un órgano para la defensa de sus intereses comunes frente a los ataques de dentro y de fuera. Este órgano es el Poder del Estado. Pero, apenas creado, este órgano se independiza de la sociedad, tanto más cuanto más se va convirtiendo en órgano de una determinada clase y más directamente impone el dominio de esta clase. La lucha de la clase oprimida contra la clase dominante asume forzosamente el carácter de una lucha política, de una lucha dirigida, en primer término, contra la dominación política de esta clase; la conciencia de la relación que guarda esta lucha política con su base económica se oscurece y puede llegar a desaparecer por completo. Si no ocurre así por entero entre los propios beligerantes, ocurre casi siempre entre los historiadores”.¹⁴

Hay fuentes de la falsa conciencia que son específicas de un modo de producción y otras que son comunes a varios. A estos últimos pertenece la división social del trabajo, principalmente entre trabajo físico y trabajo intelectual. Originada en la baja productividad de las sociedades primitivas, está presente en las sociedades de clase y sigue actuando



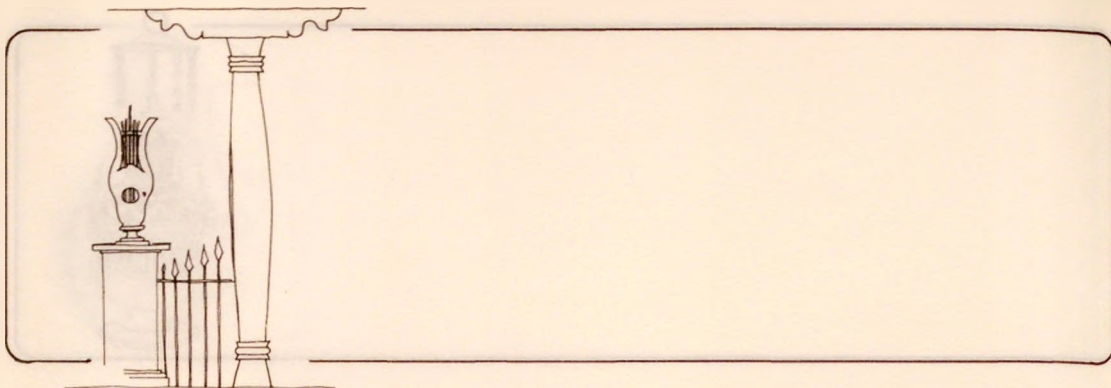
en las primeras etapas del desarrollo del socialismo. A partir de la separación de los ideólogos cuya función es la organización de la religión, el Estado y la ciencia, del trabajo productivo, "la conciencia (escribe Marx) puedo imaginarse que era algo diferente a la conciencia de la práctica existente, que representa realmente algo, sin representar nada real".¹⁵

El advenimiento de la gran industria capitalista transportó esta contradicción al seno de las masas trabajadoras. Mientras la mayoría de los obreros se veía transformada en agente de un proceso de trabajo cuyo aspecto intelectual se le escapaba, la ciencia se hacía parte integrante de las fuerzas productivas y los científicos y técnicos se veían separados del resto de los trabajadores. El fenómeno se vio agravado por el crecimiento sin precedente de la burocracia estatal y la diferenciación de las diversas ramas de la ciencia y el arte. Refiriéndose al surgimiento del derecho como disciplina especializada, Engels escribía: "El reflejo de las relaciones económicas como principios jurídicos es también, necesariamente, un reflejo invertido: se produce sin que quienes actúan tengan conciencia de ello. El jurista cree operar con proposiciones apriorísticas, cuando en verdad estas últimas no son otra cosa que reflejos económicos, de tal manera, todo se encuentra invertido".¹⁶

A medida de que las contradicciones de una sociedad se hacen más agudas, crece la importancia de otra fuente de la falsa conciencia: la mentira deliberada de los ideólogos cuyo pensamiento es apologetico.

El ascenso de la apologética en la economía política burguesa fue captado por Marx en los siguientes términos: "La burguesía había conquistado el poder político en Francia e Inglaterra. A partir de entonces, la lucha de clases adquirió formas cada vez más francas y amenazadoras, tanto en el terreno práctico como en el teórico. Tocaron a muerto por la economía científica burguesa. Ya no se trata ahora de la verdad de tal o cual teorema, sino de si resulta útil o perjudicial, oportuno o molesto para el capital; se trata de si es o no tolerable. El lugar de la investigación desinteresada fue ocupado por la charlatanería a sueldo; el estudio científico sin prevenciones fue sustituido por la mala conciencia y los torcidos propósitos de la apologética".¹⁷

Pero no debe confundirse, ni en política ni en ciencia, la falsa conciencia producida por la sociedad misma con la apologética de los ideólogos, que no es sino una forma de ejercicio del poder. La apologética es siempre una práctica conscientemente conservadora.



Parte de la idea de que el poder debe ser mantenido a toda costa y que la difusión de la verdad tiene como límites la razón del Estado.

La falsa conciencia no impide la práctica social, en la medida en que ésta se mueve en el marco de las relaciones establecidas. Al contrario, la burguesía se realiza sin salirse de ella y gracias a ella.

Desde el punto de vista la única representación posible es ésta que, sin afectar su práctica cotidiana, mantiene el secreto de las contradicciones sociales, representando el mundo burgués como el mejor de los mundos posibles.

La relación entre ciencia, historia e ideología puede ser ejemplificada en el caso de la economía clásica. Al principio de su evolución, las relaciones de producción capitalistas no exhibían todas las contradicciones que les eran inherentes. En esa etapa, la ciencia burguesa va más allá de las apariencias, aun cuando no puede captar el carácter histórico de esas relaciones. Pero cuando las contradicciones de la sociedad burguesa se hacen manifiestas, la ciencia no puede evitar su explicación. Si las ocultas se transforman en ideología. Así, una vez que las contradicciones de la sociedad burguesa se manifiestan en su plenitud y la lucha de clases se agudiza, la economía política clásica se transforma o bien en la crítica marxista del capitalismo o bien en la economía vulgar (apologética).

Pero si la ciencia como práctica establece múltiples contactos con la ideología, el pensamiento científico o método científico o teoría es la antítesis de la falsa conciencia. Consideramos científico, a) el pensamiento en el cual las necesidades del conocimiento del mundo objetivo predominan sobre los intereses y determinaciones del sujeto. El sentido de este principio fue enunciado por Marx en las frases finales de su introducción al prefacio a la Crítica de la economía política en la cual cita a Dante: "En la entrada de la ciencia como en la entrada del infierno, debe estamparse esta exigencia: Déjese aquí cuanto sea recelo, mátese aquí cuando sea vileza".¹⁹ b) El objetivo es el conocimiento no sólo de las formas fenomenológicas, sino de la esencia que éstas esconden. La ciencia sería superflua si los hechos y su esencia fueran la misma cosa. c) Se basa en un método lógico riguroso que señala los límites entre pensamiento científico y no científico. d) Tanto el método de conocimiento como sus resultados son comprensibles, comunicables y verificables para todos. e) Desarrolla y define sus métodos específicos en lucha permanente (crítica) con las manifestaciones de la ideología presente en la ciencia. Sólo él puede revelar la estructura, función y origen de las deformaciones ideológicas.



Basta este primer paso enunciativo para comprender las diferencias radicales que separan el método científico y la conciencia ideológica. El primero no es reductible al segundo y ambos son autónomos.

El pensamiento científico se inicia con la crítica de la ideología. "Criticar la propia concepción del mundo es tomarla entonces, conscientemente, y elevarla hasta el punto al que ha llegado el pensamiento mundial más avanzado. Significa, también, por consiguiente, criticar toda la filosofía existente hasta ahora, en la medida en que ha dejado estratificaciones consolidadas en la filosofía popular. El comienzo de la elaboración crítica es la conciencia de lo que realmente se es, es decir, un "conócete a ti mismo".²⁰

Para Marx, la verdad es siempre concreta y en eso no se distingue de Hegel, pero mientras este último parte de determinaciones generales e indeterminadas (Ser, Devenir, etc.), Marx lo hace de abstracciones históricamente determinadas: la vida real de los hombres, las relaciones sociales, y la relación de cada sociedad con la naturaleza. Es decir, se inicia con conceptos que se refieren a una realidad social concreta. Así pues, para Marx lo concreto captado a través de la primera experiencia en el pensamiento es un "todo caótico". Es decir, la primera representación de lo concreto no puede comprender la realidad. Sólo la representación de éste como síntesis de "múltiples determinaciones", "una totalidad hecha de múltiples determinaciones y relaciones" es capaz de apropiarse de la realidad como un todo en el pensamiento.

Hemos hecho referencia al método de Marx para subrayar la diferencia entre pensamiento científico y resultado científico y disolver toda posible confusión entre experiencia vital y práctica científica.

"El trabajo teórico que ha producido la ciencia existente (escribe Althusser) no es ya visible a simple vista, pues ha pasado por completo a la ciencia constituida. Es aquí donde se esconde un peligro, ya que podemos sentirnos tentados a tratar la ciencia marxista constituida como un dato o como un conjunto de verdades acabadas: en pocas palabras, hacemos una concepción empirista o una concepción dogmática de la ciencia. Podemos considerarla como un saber absoluto, acabado, que no plantea ningún problema de desarrollo y de investigación; así la abordaremos como dogmáticos. Podemos, igualmente, dado que ella nos ofrece el conocimiento de lo real, creer que lo refleja directa y naturalmente y que a Marx le bastó ver acertadamente, leer acertadamente, es decir, reflejar acer-



tadamente en su teoría abstracta la esencia de las cosas -dadas en las cosas sin tener en cuenta el enorme trabajo de producción teórica necesario para alcanzar el conocimiento y la abordamos entonces como empiristas..."²¹

Entre los historiadores contemporáneos se da por sentado que la historia sin teoría no puede ser científica. Desde hace medio siglo la historia que se proponía exclusivamente rescatar los hechos pasados y exponerlos en forma coherente y/o bella ha ido cediendo el lugar a una historia atenta a los métodos y teorías que provienen de la filosofía, la economía, la sociología, la antropología, la psicología y la lingüística. Los historiadores han dejado de ocuparse exclusivamente de los hechos para fijarse cada vez más en los procesos y en las estructuras. Por eso la lucha que libran contra el eventualismo algunos filósofos es una batalla contra molinos de viento. Esto de ninguna manera liquida la confrontación entre ideología y pensamiento científico en la historia. Simplemente, la desplaza a nuevos terrenos: los de la teoría y la temática históricas.

La historia ha ocupado siempre un lugar central en el pensamiento científico marxista, pero no como disciplina especializada, sino como un momento del conocimiento científico de la sociedad. El método marxista se contraponía a la separación del método histórico del método lógico, por eso es posible hablar de una historia inspirada en el método marxista, pero no de una historia marxista.

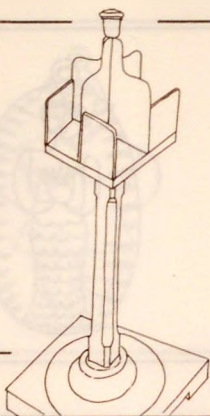
Los primeros ejemplos los proporcionaron Marx y Engels. La naturaleza misma del materialismo histórico determinó el método de su desarrollo y la forma de su exposición. En lugar de grandes tratados teórico-metodológicos sobre materialismo histórico, los fundadores del socialismo científico se abocaron a elaborar el nuevo método, estudiando un modo de producción (el capitalista), y escribiendo una serie de ensayos sobre la historia como presente, las revoluciones y las sociedades precapitalistas. En los años de la Segunda Internacional, Kautski, Mehring, Rosa Luxemburgo, Plechanov y otros produjeron importantes obras históricas. Aun cuando algunas de ellas estaban influidas por un determinismo económico evolucionista, otras representan aportaciones importantes al desarrollo del materialismo histórico. En los años veinte del presente siglo, Gramsci, Lukács y E. Bloch produjeron una corriente de "crítica histórica" innovadora, mientras Lenin desarrollaba en forma genial la teoría de las situaciones concretas y la coyuntura histórica. Trotsky publica una obra clásica de la historia-testimonio. La historia de la revolución rusa, y la naciente historiografía marxista soviética (N.M. Pekrovski y E.V. Tarlé) conoce un auge notable.



Después vino el largo sueño del dogmatismo, con sus deformaciones y su esclerosis. Una falsa concepción de la relación entre política y pensamiento científico produjo efectos catastróficos. Pese a la obra de algunos pensadores excepcionales, el marxismo (y la historia de inspiración marxista) se sume en el marasmo de la repetición de lo conocido. La recuperación sólo se inicia, lentamente, en la década de los cincuenta; la obra de Maurice Dobb, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo* (1949), fue seguida por una importante discusión sobre la transición del feudalismo al capitalismo. Surge la escuela de los historiadores marxistas ingleses: C. Hill, R. Hilton, E. Hobsbawm, E. G. Thompson, P. Anderson y otros que introducen nuevos temas y enfoques. I. Deutcher escribe la primera gran obra marxista contemporánea sobre la revolución rusa. En Francia la historiografía marxista conoce un brillante desarrollo en las obras de A. Soboul, P. Vilar, Ch. Pataut, etc. En Italia, E. Sereni, Manacorda, Sipriano y otros aplican el materialismo histórico al estudio de las relaciones agrarias, de la cultura, del movimiento obrero y sus partidos y de la URSS. En Polonia, W. Kula revoluciona los métodos de la historia económica marxista. En Estados Unidos, Genovese y Foner estudian en forma creativa la historia de la esclavitud y del movimiento obrero. En la RDA, la escuela de W. Markow en Leipzig y de Kuzniski en Berlín, producen obras de historia comparada y de historia del capitalismo que representan avances de la historiografía marxista. En los años setenta se multiplican las revistas de historia y obras que se proponen renovar el pensamiento histórico marxista en Alemania Federal, Japón y América Latina. La búsqueda metodológica, la lucha contra el empirismo y el idealismo apriorístico otorgan a esas obras una importancia que todavía no es posible aquilatar plenamente. La obra teórica de algunos pensadores como L. Althusser, N. Poulantzas, I. S. Kon, L. Colletti y H. Godelier han reanimado la discusión sobre los problemas del materialismo histórico.

En México, ya en los años treinta, la obra de autores como Chávez Orozco, Othón de Mendizábal, Mancisidor y otros revelan una influencia directa del marxismo. En la actualidad, Sánchez Vázquez, Enrique González Rojo y Carlos Pereyra se han ocupado de los problemas de la teoría de la historia y las obras de E. Assadourian, G. Argüello, A. Córdova C. Cardoso, M. Bellingeri, S. Castor, G. Pierre Charles, E. Montalvo, y E. Semo anuncian el advenimiento de una historiografía de inspiración marxista.

Pero estos avances no deben llevarnos a subestimar la dificultad de los problemas que aquejan a la historiografía marxista. La historia es -de los componentes del pensamiento



científico marxista- el más necesitado de una renovación profunda, de un replanteamiento crítico de sus objetivos y prácticas; de un deslinde intransigente y riguroso con la ideología. La historia de inspiración marxista es -como dijo P. Vilar- una corriente en formación.

En la historia, lo ideológico se afirma en múltiples tendencias a las cuales el pensamiento científico debe hacer frente. La historia académica se caracteriza por un alto grado de desvinculación de la práctica social contemporánea. Por eso la selección del tema es un momento crucial en el desarrollo de una historia de inspiración marxista.

La renovación metodológica no es posible sin un cambio de temática hacia la historia de las luchas sociales, los nuevos movimientos, los "pueblos sin historia", los países socialistas, "la historia como presente", directamente ligada a las lides políticas, etcétera.

La especialización llevada a extremos que obliga al historiador -para usar las palabras de Toynbee- "a saber cada vez más sobre menos cosas" ha hecho de la historia un refugio de conservadurismo que la margina de los progresos de las otras ciencias. Existe una marcada resistencia a adoptar las técnicas de investigación provenientes de las matemáticas, la estadística y otras ciencias sociales y la tendencia a hacer concesiones inaceptables al dogmatismo y el sentido común. Por otra parte, la debilidad teórica originada en largos años de dominio irrestricto del positivismo y de la historia eventual, ha hecho de la historia una disciplina muy vulnerable a las modas que presentan como innovación trascendental, las nuevas técnicas envueltas en teorías que entrañan fuertes cargas ideológicas.

"(La) historia real, una vez elevada al plano del pensamiento no es ya la historia tal como la vieron sus propios actores o como la viven hoy -ideal y retrospectivamente- quienes buscan en ella pilares ideológicos para apuntalar su presente. Como toda teoría que aspira a ser ciencia, la historia sólo puede serlo propiamente a condición de salirse de lo vivido o deseado, es decir, no quedándose en mera ideología".²²

Historia y teoría son dos momentos de un solo proceso: el pensamiento social científico. Existe un inevitable contrapunteo entre ellas y el método científico no puede ignorar ninguno de los dos.

La difícil relación entre teoría e historia refleja la complejidad del objeto de su estudio: la realidad social en su devenir histórico. Por un lado la historia es un proceso natural



sujeto a leyes. Por el otro, es un drama del cual el hombre no es sólo actor sino también, y en alto grado, autor. La teoría subraya la presencia de leyes objetivas independientes de la conciencia del hombre. La historia trata de conjugar a éstas con la acción libre y consciente de los hombres. La historia es un paso inevitable entre la teoría y la reconstrucción de la totalidad social.

“Hay mucho trecho de la aceptación de un principio a la aplicación concreta y particularizada del mismo a toda una vasta provincia de hechos o a un gran contexto de fenómenos (...) (escribe Labriola) Porque el problema verdadero es este: que no se trata ya de sustituir la historia por la sociología como si aquella hubiese sido una apariencia que oculta tras sí una realidad escondida, sino que más bien se trata de entender integralmente la historia en todas sus manifestaciones intuitivas y entenderla por medio de la sociología económica. No se trata de separar el accidente de la sustancia, la apariencia de la realidad, el fenómeno del núcleo intrínseco, como dirían de otra manera, los seguidores de cualquier tipo de escolástica; sino más bien explicar lo confuso y lo complejo, cabalmente en cuanto es confuso y complejo. No se trata de descubrir y determinar el terreno social solamente para luego hacer aparecer allí a los hombres como otras tontas marionetas cuyos hilos son movidos no ya por la providencia, sino por las categorías económicas. Estas categorías han devenido y devienen, como por los demás; por que los hombres cambian en cuanto a la capacidad de vencer, dominar, transformar y usar las condiciones naturales. Se trata, en suma, de la historia y no del esqueleto de ésta. Se trata del relato y no de la abstracción; se trata de exponer y descubrir el conjunto y no de resolverlo y analizarlo solamente; se trata, en una palabra, ahora como antes y como siempre de un arte. Puede darse el caso de que el sociólogo que siga los principios del materialismo económico se proponga circunscribirse al sólo análisis, pongamos por ejemplo, de lo que eran las clases en el momento en que estalló la revolución francesa, para llegar después a las clases que resultan de la revolución y sobreviven a ésta... No hay nada que objetar a la elección de tal método, el cual, como el que sigue la huella embriogenética, es indispensable a la preparación de la investigación histórica según la dirección de la nueva doctrina.

Pero nosotros sabemos que la embriogenética no basta para darnos noticia de la vida animal, la cual no es de esquemas sino de seres vivos y vivientes... Y así también, *mutatis mutandi*, respecto a los hombres en cuanto viven históricamente.

Esos hombres determinados, movidos por ciertos intereses, impulsados por ciertas pasiones, presionados por ciertas circunstancias, con tales o cuales designios (...) que márti-



res de sí mismos o de los otros, entran en áspera colisión y se suprimen recíprocamente... he aquí la historia efectiva de la revolución francesa. Porque si bien es verdad que toda historia no es sino la explicación de determinadas condiciones económicas, es igualmente cierto que esa historia no se desenvuelve sino en determinadas formas de actividad humana, sea ésta apasionada o refleja, afortunada o infortunada, ciegamente instintiva o deliberadamente heroica. Comprender la rama y el conjunto de su íntima conexión y en sus manifestaciones exteriores, descender de la superficie al fondo y después rehacer la superficie desde el fondo; resolver las pasiones y los designios en sus movimiento desde los más próximos a los más remotos, y luego reducir los datos de las pasiones, los designios y sus movimientos a los más remotos elementos de una determinada situación económica: he aquí el arte difícil que debe ejemplificar la concepción materialista".²³

El materialismo histórico no contiene elementos apriorísticos. Es una teoría derivada del estudio de la sociedad. Marx la consideró una hipótesis hasta que la crítica de la economía política, la historia y la práctica política la transformaron en teoría. La diferencia entre la filosofía de la historia, que considera la existencia de fuerzas, leyes o verdades extrahistóricas que explican el sentido de historia y de la teoría marxista de la historia, es que ésta se concibe como un conjunto de métodos y conceptos que no son sino instrumentos para conocer la realidad social. La validez de esos instrumentos y sus límites sólo puede ser comprobada en el material histórico. Es más, con cada investigación particular, el método se modifica. Cada concreto real estudiado, llama al enriquecimiento o corrección del método. La teoría se hace conocimiento científico sólo en la comprobación histórica. La prueba de una teoría (descubrimiento de una ley que es necesariamente regularidad) es su capacidad de explicar una realidad determinada en la cual actúan no sólo leyes, sino casualidades; no sólo una tendencia principal, sino otras contrapuestas, más difíciles de determinar. La historia se vuelve científica sólo cuando pasa de la consideración de los hechos a la investigación de las tendencias profundas del proceso histórico y la teoría sólo deja de ser un conjunto de hipótesis cuando se comprueba como generalización del devenir histórico real.

El proletariado, como clase dominada, nace con una ideología que no es la suya: la burguesa. Pero desde un principio, posee un instinto de clase, la conciencia vaga de la contradicción principal de la sociedad capitalista. Mientras no es más que esto, la ideología de la clase obrera se mantiene a nivel de una corriente en el seno de la ideología burguesa. Es decir, como una versión de la falsa conciencia que rige en la sociedad capitalista.



La historia demuestra que en el inicio la clase obrera sólo pudo llegar a la conciencia de la oposición de sus intereses económicos inmediatos y los de la burguesía, la conciencia de que la participación del salario en el valor de las mercancías producidas puede ser alterada con la lucha de clases.

El socialismo científico nace a mediados del siglo XIX como pensamiento científico. Su origen no está en las experiencias prácticas de la clase obrera, en la apropiación práctica-intelectual de la realidad, sino en la apropiación teórica de ésta. Sin embargo, la premisa de su surgimiento es la existencia de la clase obrera como fuerza social y política ascendente. El paso del socialismo utópico al socialismo científico hubiera sido imposible si la clase obrera no hubiera afirmado en la práctica su presencia histórica. El marxismo surge primero como crítica de la ideología burguesa y pasa a constituirse en pensamiento científico al elaborar el materialismo histórico (un método para el estudio de la sociedad y la historia), la crítica de la economía política burguesa (una explicación del modo de producción capitalista), y el socialismo (el estudio de la práctica política de la clase obrera y la revolución socialista).

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Para algunos marxistas, la conciencia de la clase obrera sólo es ideológica mientras su falta de desarrollo le impida asimilar el socialismo. Una vez que alcanza ese nivel, su conciencia se transforma automáticamente en pensamiento científico. Para otros, la ideología de la clase obrera, una vez que adquiere el nivel socialista deja de ser falsa conciencia. Así, por primera vez en la historia, surge una ideología científica, la proletaria. Ambas concepciones liquidan el problema de la relación entre pensamiento científico e ideología en el movimiento obrero y revolucionario. Según ellas, la clase obrera sería capaz pese a las deformaciones que se derivan de la lucha de clases y las contradicciones sociales, de liberarse de la relación contradictoria entre pensamiento científico e ideología.

Ambas concepciones, que son idealistas puesto que separan la falsa conciencia de sus orígenes sociales y políticos, son actualmente insostenibles. Es incuestionable que la ideología de la clase obrera por la situación de esa clase guarda una relación especial con el pensamiento científico. Esta particularidad de la ideología proletaria se deriva de las condiciones de existencia particulares de esta clase. Hasta ahora todas las clases revolucionarias fueron clases propietarias; para liberarse históricamente hicieron de sus condiciones de existencia material las condiciones de existencia de toda la sociedad. Su ideología contenía desde su principio una falsa conciencia. Su papel de representante de los intereses de



toda la sociedad -verdadero en un momento- llevaba su negación en el carácter verdadero de la clase que no podía sino instaurar un nuevo régimen de explotación.

En el caso del proletariado, en cambio, las condiciones son diferentes. El proletariado no se libera elevando sus condiciones particulares de existencia a condiciones dominantes de explotación, sino que cancela sus propias condiciones de existencia como clase al abolir las relaciones de explotación.

Esta es la primera vez en la historia de la humanidad que la ideología de una clase tiene su origen auténticamente científico. Esto condena al fracaso cualquier intento de ideologización absoluta: pese a todo, el pensamiento científico marxista se rebela permanentemente contra su propia ideologización. Pero eso no nos permite negar que al penetrar en la conciencia del movimiento obrero, al constituirse en cemento ideológico de organizaciones políticas, el marxismo ha conocido todas las vicisitudes de los resultados de la ciencia que se integran a una estructura ideológica.

ÁREA HISTÓRICA

En esa metamorfosis el marxismo sufrió todas las deformaciones típicas de la ideología. La culminación del proceso fue el intento de sustituir el pensamiento científico por la ideología y totalizar el dominio de ésta en todas las expresiones culturales. Pero la ideologización conservadora del marxismo en su negación como teoría de la revolución socialista. La práctica científica es, por naturaleza, crítica de los conocimientos existentes, libre confrontación búsqueda de objetividad, independencia de las exigencias políticas conyunturales. Por eso también en el movimiento socialista su desarrollo está sujeto a leyes diferentes a las que rigen la ideología. Estas dos instancias de la vida social sólo se relacionan en un proceso de constante contradicción y coincidencia que es la condición objetiva de su devenir.

En esas condiciones, el pensamiento científico marxista como modo de apropiación teórica de la realidad sólo puede desarrollarse definiendo su especificidad y explicitando con rigor sus insolubles relaciones con la ideología socialista y la práctica política revolucionarias, partiendo del doble principio de su articulación con ellos y la autonomía de sus tareas y modos de existencia.



NOTAS

¹ Para una introducción comprehensiva a las teorías de la ideología, véase Jorge Larraín, *The concept of Ideology*, University of Georgia Press, 1974; Kurt Lenk, *El concepto de ideología*, Buenos Aires, 1971; Carlo Mongardini, *Ideología e Società*, Roma, 1969; H.D. Aiken, *The age of ideology* Nueva York, 1963; H. Barth, *Verdad e ideología*, México 1972.

² C. Marx, F. Engels, *La ideología alemana*, México, 1974, p. 19.

³ C. Marx, F. Engels, *Op. cit.*, p. 26

⁴ Carta de Engels a Schmidt, 27 de octubre de 1890, *Correspondencia Marx Engels*, Buenos Aires, 1973, p. 381.

⁵ F. Engels, Carta a Borgius, 25 de enero de 1894, Atribuida erróneamente a Starkenberg hasta 1967, *Correspondencia*, op. cit., p. 412

⁶ F. Engels, Carta a C. Schmidt, 27 de Octubre de 1890, *Ibid*, p. 381.

⁷ Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, México, 1975, p. 14.

⁹ J. D. Bernal, *La ciencia en la historia*, México, 1979, p. 14

¹⁰ L. Wittgenstein, *Tractus logico-philosophicus* Frankfurt, Main, 1966, p. 52



- 11 C. Marx, Introducción general a la crítica de la economía política (1857), en Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858, México 1978, p. 22.
- 12 C. Marx, Werke, Vol. 1, Berlín, 1969, p. 5.
- 13 C. Marx, El Capital, T. I., México, 1971, p. 40.
- 14 F. Engels, Feuerbach y el fin de la filosofía alemana, Obras Escogidas, T. II, Moscú, 1963, p. 419.
- 15 C. Marx, La ideología alemana, op. cit., p. 32.
- 16 F. Engels, Carta a C. Schmidt, 27 de octubre de 1890, op. cit. p. 384.
- 17 C. Marx y F. Engels, Werke, op. cit., T. 13, p. 311.
- 19 C. Marx, Introducción..., op. cit., p. 16.
- 20 Gramsci, El materialismo histórico, op. cit., p. 12.
- 21 L. Althusser, "Teoría, práctica teórica y formación teórica, ideología y lucha ideológica", Casa de las Américas, núm. 34, 1966, p. 13.
- 22 Adolfo Sánchez Vázquez, Estructuralismo e historia, México, 1974.
- 23 Antonio Labriola, La concepción materialista de la historia, México, 1973, p. 197.